

Como se ve, todos eran excelentísimos y hasta la misma futura antes de ser esposa, lo qué unido á que los cuantiosos gastos de la boda salieron de los fondos públicos, hizo que las lenguas hablaran mucho, que la vena de los poetas jocosos se despertara y que se publicaran muchos papeles dando cuenta del suceso con tono zumbon.

El viaje de la nueva desposada á Manga de Clavo fué regio.

Cuando ya iba en camino la Excma. señora con su gran cauda de acompañantes es fama que le dijeron á Santa Anna algunos de sus amigos:

—Excmo. Señor Presidente: hace V. E. mucha falta en México: Paredes anda queriendo pronunciarse por el rumbo de Guadalajara, y no es eso lo peor, sino que ya se han presentado en el Golfo las escuadras americanas y parece que avanzan sus ejércitos por la frontera del Norte.

—Déjenme pasar á gusto mi luna de miel, les contestó, y despues veremós.

Santa Anna salió á encontrar á su consorte seguido de una comitiva y en Manga de Clavo hubo durante nueve días verdaderas fiestas reales, amenizadas todas las tardes con brillantes tapadas de gallos.

CAPITULO XXVII.

HASTA LA TIERRA TIEMBLA.

“No, no somos genízaros al servicio discrecional de un Señor absoluto.—El pillaje de los bienes de la Nacion se ejerce entre nosotros con la mayor procaçidad.—Bajo el pretexto de la reconquista de Texas, Santa Anna recabó del Congreso el decreto de cuatro millones de pesos como subsidio de guerra, cantidad dilapidada aun antes de haberse recogido.—La historia dirá á las generaciones que en los hechos del general Santa Anna, nada se encuentra grande, nada noble, nada decente; que él ha perseguido un desig-nio mezquino y culpable, usando de medios reprobados y viles; que su marcha tortuosa ha sido la de un tirano insolentado por el poder é infatuado por la prosperidad; que su baja duplicidad, su desmesurada ambicion, ni aun merecen compararse con la atrevida generosidad de los grandes dominadores.... que aun sus crímenes han sido rebajados por la pequeñez de sus motivos, que no han sido otros que saciar su ge-

nial avaricia y satisfacer sus inclinaciones de pirata.”

Estas y otras verdades mas duras todavía se estamparon en el manifiesto del general D. Pánfilo Galindo al estallar el pronunciamiento dirigido por Paredes en Guadalajara.

Ya los lectores se figurarán si Santa Anna se habia de asustar con lo que dijera mas tarde la historia! ¿Qué le importaban para despues todas las historias del mundo si de pronto tenia el poder y los millones?

Pero si Santa Anna era un tirano despreciable, mas inmundo, mas vil, mas canalla se manifestaba Paredes pronunciándose contra el gobierno por malo que fuera, en los momentos en que este se preparaba ó tenia que prepararse para acudir á la defensa nacional, una vez que ya se veia claramente que estaba á punto de ser invadido el suelo patrio por los americanos.

Santa Anna abandonó sus gallos y su luna de miel en Manga de Clavo y se puso á la cabeza de un ejército de siete mil hombres para ir á castigar á los revoltosos de Guadalajara.

El congreso se enfullinó porque no se le habia pedido permiso para que el Presidente mandara las tropas, fueron acusados los ministros, hubo conferencias y sesiones tormentosas; pero siempre el Dictador se salió con la suya y en Querétaro hizo tropelía y media con el gobernador, contra el Ayuntamiento y contra los diputados, á los que en poco estuvo para que no los mandara amarrados codo con codo al castillo de Perote, segun sentencia que dictó en contra de aquellos infelices, con su expedita altanería acostumbrada.

A su vez el congreso de México se indignó por aquella tropelía y llamó á los ministros para que explicaran el caso. Los ministros hicieron todas las chicanas imaginables, segun las usanzas de aquel tiempo, para eludir las explicaciones, hasta que el Congreso se declaró en sesion permanente; pero no tan permanente que no salieran en grupos á sus casas los representantes para llenar las exigencias de la vida. Entonces el gobierno recurrió al conocido expediente de no dejar entrar á los que habian salido. Una guardia en cada cámara bastó para despejar los salones y para cerrar las puertas. No habia otra formalidad que llenar para impedir que hubiera Congreso.

¡Ah, sí! en esta vez hubo otra: la de ordenar á las imprentas bajo penas terribles, que no publicaran protestas, manifiestos ó decreto alguno de los diputados y senadores que estaban reuniéndose en casas particulares.

El pueblo se indignó ante semejante golpe de Estado y manifestó su desagrado poniendo una cuerda al cuello de la estatua de Santa Anna y agregándole una caperuza de ajusticiado.

El gobierno compuesto de Canalizo como presidente interino y de Don Manuel Rejon, Don Manuel Baranda, Don Antonio Haro y Tamariz y Don Ignacio Basadre, como ministros, expidió un decreto el 29 de Noviembre de 1844 suspendiendo al congreso en sus funciones y revistiéndose á sí mismo de todo género de facultades para salvar la situacion, dando otro el 2 del mes siguiente para que todos los empleados lo juraran.

Las corporaciones civiles, siguiendo el torrente de la opinion pública, protestaron contra tal ignominia; el congreso, protegido por un batallon, se reunió en San Francisco y llamó al general Don Joaquin de Herrera para que se encargara del poder como Presidente del Consejo, este invitó cortesmente á Canalizo para que dejara el puesto, evitando la efusion de sangre; pero el Presidente interino que era hombre de pelo en pecho, se enfullinó á su vez y reuniendo á las tropas que consideró fieles en Palacio, se propuso salir á batir á los pronunciados: las tropas fieles se resistieron manifestando que solo sostendrian el orden constitucional. Entonces Canalizo, lleno de cólera, gritó dirigiéndose al comandante general:

—General Salas, ordene usted que vuele el edificio. Los ministros, al oír tan terrible orden, corrieron y se escaparon por donde pudieron, á la vez que Salas tomaba un botafuego de manos de un artillero y se dirigia á incendiar los almacenes. Es fama que el coronel Falcon y unos oficiales impidieron tamaña catástrofe.

Despues de esto el nuevo gobierno ya no tuvo que hacer otra cosa mas que presentarse en Palacio para ocuparlo, mientras los miembros del anterior se hundian en medio de la rechifla general.

Por supuesto que Santa Anna habia sido el alma de todas aquellas medidas salvajes que provocaron la caída de Canalizo, pues que en una carta dirigida al ministro general Rejon, le decia entre otras cosas: "Energía y no pararse en medios de hoy en adelan-

te: en crisis como la presente *la firmeza y los buenos trancazos* lo componen todo."

Por tal causa, por estar dirigiendo la política de México, no habia pasado de Queretaro, haciendo destrozos en los bolsillos de los particulares para mantener un numeroso ejército en completa inaccion.

El pueblo tomó de todo aquello una venganza infantil: desenterró y arrastró el pie que se habia inhumado con tanta pompa y derribó y arrastró por las calles las estatuas del Dictador.

—Ah já! exclamó Santa Anna luego que le refirieron los prófugos de la capital tales sucesos, ya iré por allá y tomaré un buen desquite. Entre tanto vámonos haciendo de dinero para marchar sobre la capital.

Por muchos años quedó latente en todo el Bajío el recuerdo de las exacciones, los atropellos, las iniquidades que se cometieron por los agentes de Santa Anna para sacar dinero y hombres para el ejército.

En 15 de Diciembre el congreso despojó de toda autoridad á Santa Anna y este en 29 de Diciembre, todavia en Queretaro, hizo que todos los jefes y oficiales que tenia á sus órdenes firmaran una acta de pronunciamiento reconociéndolo á él solo como Exmo. Sr. Presidente, general de Division, benemérito de la patria y Sr. absoluto; y desconociendo á los nuevos poderes de México.

—Exmo. Señor, le dijo el general Cortazar, una vez recibido como emisario del gobierno, en la alcaaba que servia de despacho al benemérito, creo que V. E. debe ya haber recibido unos pliegos.....

—Si, contestó Santa Anna interrumpiéndole con mal humor, he recibido unos del Presidente del Consejo en que me ordena que haga entrega á Su Señoría del mando de mis tropas.....

—Yo desearía saber.....

—Si se las entrego ó no, ¿es verdad? Pues se las entrego, solo que como estoy á punto de partir para México y deseo emplear á su Señoría como intermediario mio para con el nuevo gobierno, tenemos que esperar un poco á ver claro en el horizonte.

— De manera que. . .

—De manera que puede Su Señoría venirse conmigo con el carácter que se sirva adoptar, mientras le hago la entrega.

—Por mi parte le juro, agregó despues de reflexionar un momento, que lo único que deseo es renunciar á todo cargo y expatriarme con mi familia é intereses, pero bajo la sola condición de que Su Señoría mismo se sirva acompañarme para no sufrir vejacion ninguna hasta encontrarme á bordo de cualquier buque extranjero.

Cortazar convino, pero no contó con la huésped. La huésped fué que en Arroyo Zarco Santa Anna lo redujo á la mas estrecha prisión, burlándose de su juramento.

Llegó el día 1^o de Enero de 1845. A las tres y media de la tarde se presentó al frente de la ciudad de Puebla, que estaba ya fortificada, el ejército santanista. El Dictador intimó al general Inclan la rendición de la plaza, acompañándole el acta de Querétaro

en que constaba que el ejército lo reconocia como Presidente. Inclan le contestó que su deber militar le exigia defenderse, aunque contara con pocos elementos. El asedio comenzó desde luego, la ciudad fué bombardeada y los sitiadores emplearon cuatro dias en aproximarse horadando las paredes. Al quinto dia se enarboló bandera blanca en la iglesia de la Santísima que ocupaba el ejército sitiador. Se suspendieron los fuegos y entró á la plaza el general Argüelles llevando proposiciones de arreglo. Fué aquel uno de los ardidés que acostumbraba Santa Anna en la guerra: mientras los sitiados confiaban en la suspensión de armas, él desplegó sus columnas de ataque para tomar la plaza por sorpresa.

—¡Muera el general Argüelles! ¡muera el general traidor! gritó el pueblo indignado amotinándose al frente del Palacio.

Inclan calmó la agitación del pueblo, él mismo condujo al parlamentario fuera de fortificaciones y en seguida se ocupó en rechazar al enemigo que habia adelantado muy poco á pesar de su traidora maniobra.

Al dia siguiente fué aprehendido un espia de Santa Anna con oro para sobornar oficiales. Ofreció decirlo todo si no se le fusilaba, y declaró que cuatro puntos, en donde ya habia inteligencias, iban á ser atacados aquella noche y que, á Santa Anna le urgía entrar á la plaza porque venian tropas de México en auxilio de los sitiados. En esa virtud Inclan resistió el ataque haciendo destrozos en los asaltantes, aprovechándose de aquella oportuna revelacion.

El día 11, un repique á vuelo anunció que la guerra había concluido.

—¿Pues qué sucedió con Santa Anna? preguntaban los curiosos frente á Palacio.

—Santa Anna ha huido llevándose 500 dragones de escolta, contestó uno de los ayudantes de Inclan.

A las cuatro hubo otro repique, porque llegó el general Paredes, y al oscurecer otro todavía más ruidoso, porque llegó el general D. Nicolas Bravo. La situación estaba salvada.

Santa Anna envió á México dos comisionados que estuvieron á punto de ser despedazados por el pueblo: uno era el odiado Haro y Tamariz, que había sido su ministro, y el otro el general D. José M.^o Mendoza.

He aquí lo que pedía Santa Anna al gobierno:

1.^o Que haria renuncia de la Presidencia *libre y espontáneamente*.

2.^o Que se le permitiera embarcarse para cualquier país extranjero, que él eligiera, pero abonándosele su sueldo íntegro.

3.^o Que se repusieran sus estatuas en las columnas de donde habían sido derribadas.

4.^o Que se considerara á los jefes y oficiales que lo seguían, en sus empleos y emolumentos.

El Gobierno le contestó que nada podía concedérsele, y le previno que cesara en su actitud hostil y se presentara á responder ante sus jueces de los cargos que se le hacían.

El 17 de Enero llegó un extraordinario á Palacio

y empezó luego el *rum rum* de que había traído una noticia muy importante. Se reunieron las Cámaras, se presentó allí el Ministerio y el jefe del Gabinete, después del preámbulo de costumbre, dió lectura á la breve nota siguiente del capitán de voluntarios D. Amado Rodríguez, transmitida por el Prefecto de Jalapa:

“En este momento, que son las nueve y media de la noche, ha sido aprehendido en las orillas de este pueblo el Excmo. Sr. D. Antonio López de Santa-Anna y cuatro hombres que le acompañaban.”

—Por fin acabó el tirano, dijo Pedraza.

—¿Qué hará el Gobierno, que no manda fusilarlo? exclamó un diputado de los exaltados.

D. Carlos M.^o Bustamante, que oyó esto, dijo con calma:

—A Santa Anna no lo fusila nadie, porque carga al diablo; y si no, ya verán que bien va á salir de este aprieto.

Y, en efecto, Santa Anna fué conducido en litera á Jalapa, se le colocó en la sala capitular, se le permitió recibir á su familia y á sus amigos, y se le guardaron las mismas consideraciones que á un rey destronado.

Después se le llevó á Perote, y todavía tuvo el cinismo el ilustre prisionero, de quejarse desde allí al Gobierno porque recibía muchas molestias, tratándosele como pudiera tratarse á un hombre vulgar.

No dejaremos á nuestros lectores sin saborear aunque sea unos párrafos de la nota del Ministro de la

Guerra D. Pedro García Conde, que se puso en di-
mes y diretes con el ex-dictador, diciéndole entre
otras cosas: "Jefe V. E. de la República por la Cons-
titucion, ha bajado de tan alto rango por la Constitu-
cion misma. Atacada por V. E. con escándalo, no
puede encontrar en ella otro título que el de *ser juz-
gado con arreglo á sus terminantes prevenciones*. Y si
al poder y voluntad nacional que ha sometido á V. E.
á un *juicio solemne y ejemplar*, para salvar las formas
tutelares de la Constitucion, le llama movimiento re-
volucionario, ¿qué nombre podrá darse á las sedicio-
nes que ha acaudillado V. E. durante el largo perío-
do de 22 años, contra todos los gobiernos y sistemas
establecidos?"

¡Palabras! ¡palabras! El Gobierno de Mexico, sa-
tisfecho con tener preso y nulificado por de pronto á
Santa Anna, se conformó con mandar hacer al arzo-
bispo D. Manuel Posadas una suntuosa función de
iglesia que duró desde las nueve de la mañana hasta
las tres de la tarde!

Cuando los vecinos de la ciudad de México creían
encontrarse ya disfrutando de mayor tranquilidad, li-
bres de Santa Anna, á quien consideraban como la
peste, y con un gobierno tal cual bonachón, que pa-
recía preocuparse un poco de las dificultades, que se
ponían cada día más serias con los Estados Unidos,
vino el 7 de Abril, y á las cuatro de la tarde se sintió
un horrible temblor que echó abajo la cúpula de la
iglesia de Santa Teresa y maltrató muchos de los prin-

cipales edificios, que se pusieron en estado de ruina.

En los dias siguientes continuaron los terremotos
con más ó menos violencia, y entonces el mismo Go-
bierno excitó á la Mitra para que dispusiera rogacio-
nes públicas diciéndole que, por su parte, ya el Mi-
nistro de Gobernación tenia orden de mandar que
fuese conducida á Mexico la Virgen de los Remedios,
para que hiciera cesar las calamidades públicas.

Los partidarios de Santa Anna, que todavía tenia
muchos entre los que medraban á su sombra, se pu-
sieron á gritar entonces:

—¡Hasta la tierra tiembla! y es porque está preso
el benemérito de la patria.

—Sí, tiembla la tierra, contestaban sus enemigos,
pero es porque no se le ha fusilado.

De todas maneras, el Congreso se atemorizó, apre-
surándose á dictar una ley de amnistía, conforme á la
que, Santa Anna y los que habían sido sus ministros,
deberían salir desterrados, el primero para siempre y
los segundos por diez años, disfrutando de la mitad
de sus sueldos.

Arreglados los términos en que habia de verificar-
se la expatriación de Santa Anna, dándosele como
punto de confinamiento la República de Venezue-
la, fue llevado por fin á Veracruz, en donde se em-
barcó con su familia el 1.º de Junio siguiente.

Pocos de sus íntimos fueron á dejarle á bordo; pe-
ro á éstos les dijo en confianza:

—Yo volveré, y entonces sabrán lo que es Santa

Anna; entonces sí podrán decir todos esos bribones: ¡hast la tierra tiembla! pero no porque haya de veras terremotos, sino porque ellos serán los que han de temblar en mi presencia,

CAPITULO XXVIII.

—
¡DEJENLE EL PASO LIBRE!

El destierro del general debía ser á perpetuidad, segun el decreto respectivo; pero al año, y despues de varios pronunclamientos, á que no habia sido extraño, ya estaba en la Habana en contacto con sus gentes de Veracruz y arreglando las cosas para dar á su regreso todo el aparato teatral que deseaba. Los generales Rejón, Tamariz y otros, formaban en el extranjero su corte y solo esperaban á un emisario de los miembros que formaban ahora gobierno, elevados por ellos mismos ó porsus intrigas, cuyo emisario ignoraban aún quien seria, para disponer su vuelta á la patria.

El comisionado del partido santanista llegó á la Habana en fines del mes de Julio: tal comisionado no era otro que el general Don Juan Nepomuceno Almonte.

Despues de los abrazos y frases correspondientes de saludo, dijo Almonte:

—Todos los amigos esperan con ansia el regreso de V. E.